

1

En el instante en que Rowena Cooper salió de su acogedora cocina impregnada del olor a galletas y vio a los dos hombres en el patio trasero de la casa, con la nieve que caía derretida de los bordes de sus botas, supo exactamente lo que significaba aquello: era por su culpa. Años de no cerrar con llave puertas y ventanas, de dejar las llaves en el encendido del coche, de no pensar que algo como eso podía suceder en alguna ocasión, años de sentirse a salvo... Todo había sido una mentira que había sido lo bastante estúpida para contársela a sí misma. Peor todavía, una mentira que había sido lo bastante estúpida como para creérsela. Toda tu vida podía convertirse en nada, a la espera de la cita con tu gigantesca estupidez. Porque aquí estaba ella, a dos kilómetros del vecino más cercano y a cinco kilómetros de la ciudad (Ellinson, Colorado, 697 habitantes), con un hijo de trece años arriba y una hija de diez en el porche delantero, y dos hombres en el patio trasero, uno de ellos armado con una escopeta y el otro con un cuchillo largo que, incluso en la vertiginosa pendiente de aquel momento, la llevó a pensar que se trataba de un machete, aunque era la primera vez que veía uno, dejando a un lado las películas. La puerta abierta a su espalda dejaba ver la abundante nieve que todavía caía al anochecer, tan hermosa al recortarse contra la curva oscura del bosque. Faltaban cinco días para Navidad.

La sobrecreció una abrumadora sensación de la realidad de sus hijos. Josh tumbado en la cama sin hacer con los auriculares puestos. Nell con su chaqueta North Face roja contemplando la nieve, mientras iba devorando como en sueños el pastelillo de mantequilla de cacahuete recubierto de chocolate que había negociado con ella no hacía ni diez minutos. Era como si existiera un nervio invisible que corriera desde cada uno de ambos hasta ella, hasta su ombligo, su útero, su alma. Aquella mañana Nell había dicho: «Ese tal Steven Tyler parece un ba-

buino». Soltaba afirmaciones como ésa sin venir a cuento. Más tarde, después del desayuno, Rowena había oído a Josh decir a Nell: «Oye, ¿sabes una cosa? Eso es tu cerebro». «Eso», sabía Rowena, sería algo así como una palomita de maíz o una pelotilla. Se trataba de una eterna competición entre ambos, encontrar cosas pequeñas o desagradables y afirmar que eran el cerebro del otro. Pensó que había recibido un gran don por el hecho de que sus hijos no sólo se quisieran, sino que se gustaran con cautela. Pensó que su vida estaba sembrada de grandes dones..., al tiempo que su cuerpo se vaciaba y el espacio que la rodeaba recorría su piel como una bandada de moscas, y notó la boca abierta seca, el chillido que se avecinaba...

no grites...

si Josh guarda silencio y Nell se queda...

tal vez sólo violación oh Dios...

quieran lo que...

el rifle...

El rifle estaba guardado en el armario que había debajo de la escalera y la llave estaba tirada en su bolso y el bolso estaba en el suelo del dormitorio y el suelo del dormitorio estaba muy, muy lejos...

Lo único que has de hacer es superar la situación. Lo que sea necesario con tal de...

Pero el más grande de los dos hombres avanzó tres pasos, en lo que a Rowena se le antojó a cámara lenta (tuvo tiempo de percibir el olor a sudor rancio, cuero mojado y pelo sucio, de ver los pequeños ojos oscuros y la cabezota, los poros que rodeaban su nariz), levantó la culata de la escopeta y la golpeó en la cara.

Josh Cooper no estaba tumbado en la cama, pero sí llevaba puestos los auriculares. Estaba sentado ante su escritorio con la Squier Strat (segunda mano, eBay, doscientos veinticinco dólares, había tenido que añadir los cincuenta que su abuela le había enviado por su cumpleaños tres meses antes, para combinarlos con los aportados por su madre) enchufada en su diminuto amplificador de prácticas, siguiendo una clase de YouTube (cómo tocar «The Rain Song», de Led Zeppelin), al tiempo

que intentaba no pensar en el vídeo porno que había visto en casa de Mike Wainwright tres días antes, en el cual dos mujeres (una pelirroja madura con sombra de ojos verde y una rubia joven que se parecía a Sarah Michelle Gellar) se lamían mecánicamente sus partes íntimas. Un sesenta y nueve chica-chica, había dicho con sequedad Mike. Dentro de un momento harán un culo con culo. Josh no tenía ni idea de qué podía significar «culo con culo», pero sabía, con sorda vergüenza, que fuera lo que fuese quería averiguarlo. Mike Wainwright era un año mayor que él y lo sabía todo sobre el sexo, y sus padres eran tan indolentes y excéntricos que no habían colocado un control parental en su PC. Todo lo contrario de la madre de Josh, que había impuesto esa condición si quería tener un PC.

El recuerdo de las dos mujeres le había excitado. Justo lo que la clase de guitarra debía evitar. No quería tener que hacerse una paja. Después, se sentía deprimido. Una pesadez y aburrimiento en las manos y la cara que le ponía de un humor de perros y le impelía a responder con aspereza a Nell y a su madre.

Se obligó a volver a «The Rain Song». La pista le había desconcertado, hasta que averiguó que no la tocaban con afinación normal. Una vez afinada de nuevo (re-sol-do-sol-do-re), había pillado el truco. Había un par de intervalos tramposos entre los acordes de la introducción, pero sólo era cuestión de práctica. Al cabo de una semana la clavaría.

Nell Cooper no estaba en el porche. Estaba en la linde del bosque, donde la nieve era profunda, contemplando un ciervo que se hallaba a menos de seis metros de distancia. Una hembra adulta. Aquellos grandes ojos negros y las largas pestañas que parecían falsas. No podías acercarte a más de seis metros. Hacía un par de semanas que Nell le daba de comer, le tiraba corazones de manzana que reservaba para ella, puñados de nueces y pasas sacadas a escondidas de la despensa de su madre. El animal la conocía. No le había puesto nombre. No hablaba con él. Prefería aquellos encuentros, silenciosos pero intensos.

Se quitó los guantes y rebuscó en el bolsillo una manzana a medio comer. El brillo de la nieve destelló sobre la pulsera que su madre le

había regalado cuando cumplió diez años en mayo. Una cadena de plata con una delgada liebre que corría de perfil. Había sido de su bisabuela, después de su abuela, después de su madre, y ahora era de ella. La familia lejana de Rowena por parte de madre procedía de Rumanía. La sabiduría popular ancestral afirmaba que la liebre era un amuleto para viajar con seguridad, cosa de brujería de mucho tiempo atrás. A Nell siempre le había gustado. Uno de sus primerísimos recuerdos era darle vueltas alrededor de la muñeca de su madre, mientras la luz del sol se reflejaba en la joya. La liebre poseía una vida remota propia, si bien su ojo no era más que un hueco en forma de almendra en el oro. Nell no se lo esperaba, pero la noche de su cumpleaños, mucho después de haber desenvuelto todos los demás regalos, su madre había entrado en su habitación y la había ceñido alrededor de su muñeca. Ya eres lo bastante mayor, había dicho. He encargado que acortaran la cadena. Póntela en la mano izquierda, para que no te moleste cuando estés dibujando. Y no la llesves al colegio, ¿de acuerdo? No quiero que la pierdas. Póntela los fines de semana y las vacaciones. Había sorprendido a Nell, con una punzada de amor y tristeza, que su madre dijera «Ya eres lo bastante mayor». Había conseguido que su madre pareciera vieja. Y sola. Había devuelto a las dos la ausencia del padre de Nell, de una forma muy brusca. El momento había henchido a Nell de ternura hacia su madre, cuando cayó en la cuenta con una claridad terrible que debía hacer todas las cosas normales (llevarla a ella y a Josh al colegio en coche, ir de tiendas, preparar las cenas) con una especie de solitaria valentía, porque el padre de Nell se había ido.

Pensar en ello la entristeció ahora. Decidió colaborar más en las tareas de la casa. Se esforzaría más en hacer cosas sin que se lo pidieran.

La cierva dio unos pasos delicados, olfateó el lugar donde había aterrizado el corazón de la manzana de Nell, y después alzó la cabeza, alerta de repente, las orejas demasiado grandes (los llamaban ciervos mulos por las orejas), agitándose como las alas de un pájaro. Nell no había oído lo que el animal había percibido. Para ella, el bosque continuaba siendo una presencia enorme, suave, silenciosa (una presencia neutral. Algunas cosas estaban de tu parte, otras en contra, otras ni una cosa ni otra. El mundo es neutral, le había dicho Josh. Y en cualquier caso estás equivocada: las

cosas son cosas. Carecen de sentimientos. Ni siquiera saben que existes. Josh había empezado a soltar frases por el estilo en los últimos tiempos, aunque Nell no se creía ni por un momento que hablara en serio. Una parte de él se estaba alejando de ella. O mejor dicho, él estaba obligando a una parte de sí mismo a alejarse de ella. Su madre había dicho: ten paciencia con él, cariño. Es algo de la pubertad. Dentro de unos años, es probable que seas peor que él). La cierva continuaba tensa, mientras escuchaba algo. Nell se preguntó si sería el Tipo Misterioso de la cabaña que había al otro lado del barranco.

El nombre del Tipo Misterioso, habían revelado las habladorías de la ciudad, era Angelo Greer. Había aparecido una semana antes y se había instalado en la casa deshabitada que había hacia el puente, a un kilómetro y medio al este de casa de los Cooper. Se había suscitado una discusión con el sheriff Hurley, el cual dijo que le importaba un rábano que la cabaña perteneciera legalmente al señor Greer (la había heredado años antes, cuando su padre había muerto), no le iba a permitir que cruzara el puente a bordo de un vehículo. El puente no era seguro. De hecho, el puente estaba cerrado desde hacía más de dos años. Repararlo no era una prioridad, puesto que la cabaña era la única vivienda en treinta kilómetros a la redonda de aquella parte del barranco, y llevaba abandonada mucho tiempo. El tráfico que cruzaba el río Loop utilizaba el puente situado más al sur para enlazar con la 40. Al final, el señor Greer había conducido su coche hasta el lado oeste del puente y trasladado sus provisiones a pie desde aquel punto. Tampoco debería hacer eso, había dicho el sheriff Hurley, pero no había pasado de ahí. Nell no había visto al señor Greer. Josh y ella estaban en el colegio cuando había pasado con el coche por delante de su casa, pero no tardaría mucho tiempo en volver a la ciudad. Según su madre, en la cabaña ni siquiera había teléfono. Cuando Jenny Pinker se había pasado a verla la semana anterior, Nell la había oído decir: ¿Qué demonios está haciendo ahí? A lo cual Rowena había contestado: Sólo Dios lo sabe. Camina con bastón. No sé cómo se las va a apañar... Tal vez esté buscando a Dios.

Nell inspeccionó sus bolsillos, pero todas las nueces y pasas se habían terminado. La cierva huyó.

Un disparo de escopeta resonó en la casa.

2

Nell corrió.

Mientras se decía que no había sido un disparo.

A sabiendas de que lo era.

El suelo era un témpano de hielo agrietado en una corriente veloz que se movía a toda velocidad contra ella. Tenía la cara congestionada, las manos repletas de sangre. Había un ruido en el aire, como si estuviera lleno de partículas susurrantes. Los detalles eran recientes y perentorios: el suave crujido de la nieve; el olor a galletas recién horneadas en la cocina; un complicado nudo en el grano del suelo de roble; el marrón intenso de las zapatillas de deporte Converse de Josh junto a la puerta de la sala de estar, y la luz que se filtraba a través de las vueltas de las lazadas.

Su madre estaba caída de costado al pie de la escalera. Había un charco de sangre a su alrededor, como joyas oscuras, con un brillo suave. Su falda había desaparecido y tenía las bragas enrolladas alrededor del tobillo izquierdo. Su pelo estaba revuelto. Tenía los ojos abiertos.

Nell sintió que se hinchaba y flotaba. Era un sueño del que podía escapar si quería. Pataleabas desde el fondo del agua, contenías el aliento a través de la espesura hasta alcanzar la delgada promesa de la superficie, y después el dulce aire. Pero no paraba de patalear y no llegaba a la superficie, no despertaba. Sólo la certeza de que el mundo había estado planeando esto durante toda su vida, y todo lo demás había sido un engaño para distraerla. La casa, que siempre había sido su amiga, se mostraba impotente. La casa no podía hacer otra cosa que mirar, con dolorida conmoción.

Las piernas desnudas de su madre pedaleaban poco a poco en la sangre. Nell tuvo ganas de taparlas. Era terrible, la piel pálida de las nalgas de su madre y el pequeño garabato de venas varicosas en el mus-

lo izquierdo al descubierto de aquella manera, en el vestíbulo de delante. Su boca pronunció *Mami... Mami... Mami...*, pero no surgió ningún sonido, sólo su respiración dificultosa, algo sólido y demasiado grande para su garganta. Su madre parpadeó. Movi6 la mano a trav6s de la sangre y se llev6 un dedo a los labios. Chis. El gesto dej6 una mancha vertical roja, como el l6piz de labios de una geisha.

—¡Mamá!

—Huye —susurr6 su madre—. A6n siguen aqu6.

Los ojos de su madre se cerraron de nuevo. Nell record6 las veces que se hab6an dado besos de mariposa, las pesta6as apoyadas contra la mejilla.

—¡Mamá!

Los ojos de su madre se abrieron.

—Corre a casa de Jenny. No me pasar6 nada, pero t6 has de huir. Arriba se oy6 el ruido de muebles al moverse.

—¡Ya! —susurr6 su madre. Parec6a furiosa—. ¡Vete ya! ¡Deprisa! Algo se movi6 mucho m6s cerca. En la sala de estar.

Su madre la agarr6 por la mu6eca.

—Huye ahora mismo, Nell —le espet6—. No estoy bromeando. Hazlo o me enfadar6. ¡Ya!

Para Nell, alejarse de su madre fue como si la delgada piel que las un6a se desgarrara. Notaba una feroz vaciedad en los tobillos, rodillas y mu6ecas. No pod6a tragar saliva. Pero cuanto m6s se alejaba, m6s asent6a vigorosamente su madre, *s6, s6, contin6a, nena, contin6a*.

Hab6a llegado a la puerta de atr6s abierta cuando el hombre sali6 de la sala de estar.

3

El pelo rojizo le caía en rizos grasientos hasta la mandíbula, cubierta por una barba rala. Ojos azul claro que recordaron a Nell blancos de tiro con arco. Tenía la cara húmeda, y daba la impresión de que sus manos de uñas mugrientas se hubieran descongelado demasiado deprisa. Tejanos oscuros grasientos y una chaqueta negra de plumas, con un roto en la pechera a través del cual asomaba el suave forro gris. Sus pies apestarían, pensó Nell. Parecía tenso y excitado.

—Hola, zorra —dijo a Rowena, sonriente—. ¿Cómo lo llevas?

Después, se volvió y vio a Nell.

El momento se prolongó mucho rato.

Cuando Nell se movió, pensó en la forma que había empleado la cierva para huir al interior del bosque. Su cabeza se había enderezado a la derecha como si hubieran tirado de una rienda invisible, y luego se había girado y movido como si el resto del cuerpo fuera una fracción de segundo más lento y tuviera que alcanzarla. Así se sintió ella cuando dio media vuelta y corrió, como si su voluntad se le hubiera adelantado a una distancia enloquecedora, con el fin de que su cuerpo se sincronizara.

El espacio que la rodeaba era pesado, algo que debía vadear. En la playa, durante unas vacaciones en Delaware, se había parado de puntillas en el mar, con el agua verde botella hasta la barbilla, y Josh había dicho, ¡Oh, Dios mío, Nell, un tiburón! ¡Justo detrás de ti! ¡Corre! Y si bien se sintió segura (o casi segura) de que estaba bromeando, notó la agonía del peso del agua, suave, taimada, que le oponía resistencia, dificultaba sus movimientos, en connivencia con el tiburón.

Josh.

Mamá.

No me pasará nada, pero has de huir.

No me pasará.

Nada.

«Nada» significaba después, mañana, el día de Navidad, días y semanas y años, desayuno en la cocina desordenada, el olor a tostadas y café, televisión por la noche, paseos en coche hasta la ciudad, las visitas de Jenny, el perfume de la crema de manos de su madre, conversaciones como las que habían sostenido últimamente de mujer a mujer, de alguna manera...

Oyó un estruendo detrás de ella. Miró hacia la casa.

El hombre pelirrojo se estaba levantando del suelo de vestíbulo, riendo.

—¿Qué pasa, zorra? —dijo, y después sacudió la pierna para soltar la mano de Rowena de su tobillo. De algún modo, Nell comprendió que ése había sido el último esfuerzo de su madre. Sus fuerzas también se habían agotado. Y, no obstante, de su agotamiento nació un impulso que la empujó y sus piernas se movieron, sin apenas tocar la nieve dura que Josh y ella habían pisoteado durante sus paseos hasta el bosque.

Se puso a correr.

Parecía imposible, se sentía tan vacía... La brisa más leve la alzaría en el aire como una hoja caída.

Pero estaba corriendo. Le llevaba veinte metros de ventaja.

Zorra.

La palabra era oscura, rebosante de suciedad. La había oído tal vez un par de veces en su vida, no podía recordar dónde.

¿Cómo lo llevas? Su sonrisa cuando había formulado la pregunta significaba que, dijera lo que dijese, nada le impediría hacer lo que se proponía. Tan sólo le impulsaría a hacerlo con más tenacidad.

Quería volver con su madre. Podía detenerse, dar media vuelta, decir al hombre: Me da igual lo que está pasando, déjeme tapar las piernas de mi madre y rodearla en mis brazos. Eso es lo único que quiero. Después, puede matarme. El anhelo de detenerse era muy poderoso. La forma en que los párpados de su madre se habían cerrado y abierto, como si fuera algo muy difícil que exigiera su concentración, con mucho cuidado. Significaba... Significaba...

El roce de sus brazos contra la chaqueta de plumas, el ruido sordo

y el chirrido de sus botas sobre la nieve. Estaba muy cerca de ella. Los veinte metros se habían reducido. Había sido estúpido pensar que podía correr más que él. Las piernas largas y la energía de los adultos. Por primera vez pensó: *Nunca volverás a ver a tu madre. Ni a Josh*. Su voz lo repitió en su cabeza, *nunca volverás a ver a tu madre*, mezclado con el «*bola, zorra*» del hombre, y su madre recitando *El bosque es adorable, oscuro y profundo, pero debo cumplir promesas, y recorrer kilómetros antes de ir a dormir...*

Sabía que no debía mirar atrás, pero no pudo evitarlo.

Casi podía tocarla, con las manos rojas extendidas hacia ella. Vislumbró en aquel segundo la boca abierta entre la barba rojiza, dientes pequeños manchados de tabaco, los ojos azul claro como los de un chivo, la nariz afilada de orificios largos y en carne viva. Tenía aspecto de estar pensando en otra cosa. No en ella. Parecía preocupado.

La mirada hacia atrás le costó cara. Tropezó, sintió que la tierra se enredaba con la punta de su bota izquierda, extendió los brazos hacia delante para amortiguar la caída.

Los dedos del hombre rozaron la capucha de su chaqueta.

Pero había ido más allá de sus propias posibilidades.

Ella se sostuvo, apenas, sobre sus piernas vacías, y él cayó al suelo detrás de ella con un gruñido y un «Joder» susurrado.

Los ojos de su madre diciendo *vete, nena, vete*.

Nunca más. La vida lejana de la liebre dorada tan cerca repentinamente de la suya.

Las cosas sólo son cosas. Carecen de sentimientos. Ni siquiera saben que existes.

Nell se oyó sollozar. Un calor tibio floreció en sus bragas y comprendió que se había meado encima.

Pero ya había llegado a la línea de árboles, y la luz del atardecer casi había desaparecido.

4

Aún la estaba persiguiendo. Oía el suave crujido de las piñas cuando las pisaba. El bosque no se encontraba en estado de shock como la casa. A la casa la había afectado, pero el bosque apenas lo había registrado. El olor a madera vieja y nieve no hollada siempre la llevaba a pensar en Narnia, el armario ropero que conducía al mágico reino invernal. Pensó en ello ahora, pese a todo. Su mente estaba concentrada en todos aquellos pensamientos inútiles, revoloteaban alrededor de la imagen del rostro de su madre y la forma tan lenta en que había parpadeado, y había una mirada en sus ojos que Nell no había visto nunca, la admisión de que había algo que no podía hacer, algo que no podía arreglar.

Tu chaqueta es roja, cabeza de chorlito, imaginó que Josh le decía. *Roja. No se lo pongas fácil.*

Se acuclilló detrás de un abeto de Douglas y se la quitó. Debajo llevaba un jersey de lana negro. El frío se apoderó de ella al instante, con vicioso placer. El forro de la chaqueta era azul marino. Lo inteligente, lo que Josh haría, sería darle la vuelta y ponérsela así. Se dispuso a ello, pero sus manos eran cosas débiles y distantes con las que había perdido el contacto. Ahora, el corazón de la liebre era el de ella, diminuto, y enviaba latidos de pánico a su pulso.

«Joder», le oyó decir.

Demasiado cerca. Aléjate y después vuelve a ponértela.

Corrió de nuevo. Había oscurecido más. En algún punto, debajo de la nieve, estaba la senda que partía de la carretera, pero no tenía ni idea de en dónde estaba. Los árboles, absortos en sí mismos, no le proporcionaban ninguna pista. Y además estaban sus huellas. Él seguiría su rastro, fuera a donde fuese. Al menos, hasta que la luz se apagara por completo. ¿Cuánto faltaría? Minutos. Se dijo que sólo debía continuar unos minutos más.

—Ven aquí, pedazo de mierda —dijo su voz.

No sabía dónde estaba. Los abetos y la nieve situaban cerca todos los sonidos, como en el estudio de grabación del padre de Amy. ¿Debía trepar? (Podía trepar a cualquier sitio. Nell, cariño, ojalá dejaras de trepar a todas partes, había dicho su madre. Nell había dicho: no me caeré. A lo cual había replicado su madre: no me preocupa que te caigas. Me preocupa que lleves genes de mono.) ¿Debía trepar? No, las pisadas se detendrían y él lo sabría: ¡Aquí estoy! ¡Aquí arriba! Trastabilló. Encontró nieve más firme. Sus piernas cedieron. Sintió dolor en las palmas cuando cayó al suelo. Se levantó. Corrió.

De pronto, la tierra se inclinó. En algunos puntos la roca asomaba de la nieve. Se vio obligada a correr colina abajo. A veces, los ventisqueros le llegaban por encima de la rodilla. Sus músculos ardían. Tuvo la impresión de que había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que le había oído. Había perdido el sentido de la orientación. Respirar lastimaba sus pulmones. Se puso la chaqueta. Ya había oscurecido lo bastante para que el rojo importara.

Una rama se partió. Alzó la vista.

Era él.

Nueve metros por encima de ella y a la izquierda. La había visto.

—¡Quédate ahí! —bramó—. Deja de correr. Jesús, pequeña...

Algo rodó bajo su pie y cayó. La pendiente lo arrojó hacia ella. No podía parar.

Nell tuvo la sensación de que sólo había dado media vuelta y recorrido tres pasos absurdos cuando le oyó gritar. Pero esta vez no miró hacia atrás. Sólo era consciente del dolor de sus músculos y de que cada bocanada de aire le quemaba. Las piedras doblaban sus tobillos. Las ramas herían sus manos expuestas y la cara. Algo le arañó el ojo, un pequeño detalle cruel en la confusión. La única certeza era que de un momento a otro le pondría las manos encima. En cualquier momento. En cualquier momento.

5

En la casa, Xander King vio morir al chico en el suelo del dormitorio, y después se sentó en la pequeña silla giratoria del escritorio. El mundo había cobrado vida, a su estilo, pero algo no iba bien. Esto había sido un error, y la culpa era de Paulie. Paulie le estaba poniendo de los nervios. Paulie iba a fastidiarlo todo. De hecho, era ridículo que hubiera dejado a Paulie quedarse con él tanto tiempo. Paulie tendría que largarse.

Supuso un alivio para Xander darse cuenta de esto, saberlo con total certeza, pese a los inconvenientes, el trabajo que implicaba, la distracción. Todo cuanto sabía con certeza significaba un alivio.

El frío olor a pintura nueva se desplegaba a su alrededor, desde la habitación vacía que había al otro lado del pasillo (había efectuado un magnífico peinado del piso de arriba: el dormitorio de la mujer, con su olor a ropa blanca limpia y cosméticos; otra llena de cosas guardadas pulcramente en cajas: discos de vinilo, sobres de papel manila, una máquina de coser; un cuarto de baño con la luz desfalleciente que caía sobre su porcelana y las baldosas, y la quinta habitación, a medio pintar, pequeña, con un armario ropero y una cómoda cubiertos con lonas protectoras. Un rodillo con su bandeja, pinceles en un bote de aguarrás, una escalerilla. Le había recordado a Mama Jean, subida a su escalerilla en la sala de la casa vieja, con su mono de hombre que olía a rancio, la cara moteada de emulsión blanca).

La tele del chico estaba encendida, con el sonido apagado. *The Big Bang Theory*. Otro programa como *Friends*, con demasiados colores brillantes. Xander descubrió el mando a distancia sobre el escritorio y zapeó, con la esperanza de encontrar *The Real Housewives of Beverly Hills*. O *Real Housewives of New York*. O *Real Housewives of Orange County*. Había muchos programas que le atraían. *The Millionaire Matchmaker*. *Keeping Up with the Kardashians*. *America's Next Top Model*.

The Apprentice. Pero no tuvo suerte. Cierta intensidad se había apoderado de su cuerpo. Se peinó un poco, mientras echaba un vistazo a las tripas desparramadas del chico muerto, después desvió la vista, sintió que la intensidad se extendía a sus extremidades, como si poseyera un sintonizador que pudiera encender y apagar a voluntad.

La guitarra del chico había caído sobre la alfombra. La alfombra era de estilo nativo americano. Lo cual recordó a Xander un hecho que conocía: colonos blancos habían regalado a los indios mantas infectadas de enfermedades con la esperanza de que todos enfermaran y murieran. Conocía algunos hechos probados. Hechos probados que tenían sentido de una forma que muchos otros no. Muchos otros no sólo carecían de sentido, sino que le agotaban. Siempre estaba luchando contra el agotamiento.

Recordar las mantas infectadas logró que la barba le picara. Hacía cuatro días que no se afeitaba. Sus rutinas habían padecido. La pila de la afeitadora se había agotado. Lo bueno de la afeitadora a pilas era que podías hacerlo sin espejo.

Pensó en la mujer de abajo. Pronto bajaría a por ella, pero de momento era estupendo sentarse y disfrutar de la intensidad. Era maravilloso saber que podía bajar a por ella cuando le diera la gana. Era maravilloso saber que no iría a ningún sitio. Él sí podía ir a donde le diera la gana y hacer lo que quisiera, pero todo cuanto deseara ella dependía de él. Su rostro y sus manos poseían la mullida calidez que era impaciencia y todo el tiempo del mundo a la vez.

Pero, aun así, algo no iba bien. En los últimos tiempos, demasiadas cosas no iban bien. Había una forma de hacer lo que necesitaba hacer, y últimamente la había perdido de vista. La zorra de Reno, por ejemplo. Eso también había sido culpa de Paulie. Definitivamente, Paulie tenía que desaparecer.

6

El mundo se detuvo y Nell voló a su través. Un no silencio, como cuando pones la cabeza debajo del agua en el baño, el ruidoso silencio privado del interior de tu cuerpo. Corrió en la oscuridad, y a cada paso que daba sabía que no podría dar ninguno más. Era como si el hombre ya le hubiera puesto las manos encima, pero no obstante seguía moviéndose. ¿Cómo podía continuar moviéndose si él ya la había atrapado? Tal vez la había levantado en volandas y estaba pedaleando en el aire. Como las piernas desnudas de su madre, que pataleaban poco a poco en la sangre. La sangre de su madre. A la que había abandonado. Tirada en el suelo. Tanta sangre. Cuando brotaba la sangre no paraba nunca. Nunca más. Nunca más volverás a ver...

No había más árboles. Se elevó un frío más profundo del barranco, aire puro y el sonido del río muy abajo. La nieve caía ahora con mayor celeridad, empujada en ángulo por el viento. El puente se encontraba a quince metros a su izquierda. Lo cual significaba que estaba a un kilómetro de casa, y avanzaba en dirección contraria. Pero no podía volver sobre sus pasos. Cuando pensaba en volver sobre sus pasos, la única imagen que recibía era la de él surgiendo de detrás de un árbol y el cálido ruido sordo de ella al chocar contra su cuerpo, mientras los brazos del hombre la rodeaban al instante. *Te pillé*. Le oía diciendo eso.

Corrió hacia el puente. Aunque pareciera increíble, había un coche aparcado a unos cuantos metros de él.

¿De quién era el coche? ¿Estaría vacío?

Se detuvo. ¿El coche del hombre? ¿Con alguien dentro?

Forzó la vista a través de la nieve que caía.

No había nadie en el coche. ¿Podría esconderse debajo? No. Estúpida. El primer lugar donde él miraría. ¿Gente cerca?

Examinó el borde del barranco. Nadie.

No había tiempo. Muévete.
Corrió hacia el extremo del puente.
Un letrero rojo con letras blancas:

PUENTE CERRADO PELIGRO NO CRUZAR

Montantes metálicos oxidados clavados en las paredes del barranco. Traviesas de madera que se tambaleaban, recordó, las pocas veces que su madre había cruzado el puente en el jeep. Sabía que, unos dos kilómetros al oeste, el barranco se estrechaba hasta alcanzar apenas seis metros de anchura, antes de volver a ensancharse. El año pasado, una tormenta de hielo había derribado un abeto de Douglas sobre el hueco. Los adolescentes demostraban su valentía gateando hasta el otro lado y volviendo. Tenías que ir y volver. Ésa era la cuestión. Josh y su amigo Mike Wainwright habían dedicado toda una mañana a reunir el valor suficiente. Se desafiaban mutuamente. Y otra vez. Al final, ninguno de los dos lo había hecho. Sesenta metros. El oscuro aire del barranco preparado. El río a la espera.

Rodeó el letrero. Sentía helados entre las piernas los tejanos mojados. Las arrugas mordían su piel. Sentía los pies magullados. La nieve le llegaba por encima de las rodillas. ¿Cuál era la distancia hasta el otro lado? En el jeep tardaban segundos. Tenía la impresión de vadear sin cesar. Pesos invisibles lastraban sus muslos.

A mitad de camino tuvo que pararse a descansar. Tenía ganas de tumbarse. Apenas podía ver a la distancia de un brazo debido a la nieve que caía. La distancia entre ella y su madre y Josh le dolía por dentro. Seguía imaginando que era por la mañana, la luz grisácea del día y el calor de la cocina, su madre se volvía hacia ella cuando entraba y decía, Nell, ¿dónde te habías metido? Estaba fuera de mí...

Se obligó a moverse. Tres pasos. Diez. Veinte. Treinta. El final del puente. La parte posterior de un letrero metálico idéntico, supuso, al del otro lado. Un carrito roto de alambre de espiño colgaba entre las barandillas y oscilaba en la vaciedad del barranco.

—Maldita seas —dijo la voz del hombre. Daba la impresión de encontrarse a centímetros de ella. Se volvió. Había llegado al letrero de

PUENTE CERRADO, y lo estaba rodeando con grandes esfuerzos. A Nell se le antojó imposible ordenar a sus piernas que se movieran.

Avanzó tambaleante. Dos pasos más. Tres. Casi había llegado.

Algo la obligó a detenerse.

Aparte del susurro de la nieve que caía y el estruendo íntimo de su respiración, no se oía nada. Pero tuvo la impresión de haber oído algo.

El sonido real, cuando llegó, borró todo lo demás de su mente.

Y cuando el mundo desapareció de debajo de sus pies, una pequeña parte de ella experimentó un extraño alivio.

Esta parte (su alma, quizá) se elevó de la caída como una chispa con la idea de que, al menos, todo había terminado, al menos iría a donde había ido su madre. Creía en el cielo, de una manera vaga. Adonde iban las buenas personas cuando morían. Un lugar en el que podías andar sobre las nubes y había escaleras blancas y jardines y Dios, aunque siempre había imaginado que preferiría saber que existía antes que conocerle en persona. A veces, se había preguntado si ella era una buena persona, pero ahora que había llegado el momento no tenía miedo.

Muy lejos, el sonido del metal al chirriar contra la roca.

A su alrededor, la penumbra y la nieve que giraba lentamente.

Entonces, algo se elevó a una velocidad atronadora y la golpeó en la cara.

7

Aún estaba oscuro cuando Nell abrió los ojos, aunque no tenía ni idea de cuánto rato había estado inconsciente. Su primer pensamiento confuso fue que estaba en la cama, y que el edredón estaba mojado y helado. Después, su vista se aclaró. No era el edredón. Nieve. Unos ocho o diez centímetros. Continuaba nevando.

Como si hubiera estado esperando a que cayera en la cuenta de esto, el frío la invadió, se apoderó de cada molécula y dijo: *Te estás congelando. Morirás congelada.*

Se incorporó sobre un codo. Demasiado deprisa. El mundo giró. El suave abismo del cielo y la alta pared del barranco dieron vueltas como ropa en una secadora. Rodó de costado y vomitó, y se quedó tendida durante un tiempo que se le antojó muy prolongado, aunque su cuerpo no sólo temblaba sino que se agitaba en ocasiones, como si alguien la estuviera azuzando con una picana. A través del frío tomó conciencia de dos dolores: uno en el pie derecho, otro en el cráneo. Latían al unísono con su pulso. Eran fuertes, pero sabía que no tanto como serían al cabo de un rato. Era como si le estuvieran diciendo, con regocijo, que sólo acababan de empezar.

Daba igual. Todo daba igual. *Nunca más volveré a ver a mi madre.* Le recordó aquel día, cuando ella era muy pequeña, en que perdió a su madre en unos grandes almacenes. De repente, todos los adultos desconocidos y las estaturas intimidantes, el pánico, todo el horror de estar sola en el mundo. El mundo había ocultado lo aterrador que podía ser hasta aquel momento. Se replegó medio minuto después, cuando Rowena la localizó, pero era imposible olvidar. Y ahora volvía a repetirse.

Volvió a incorporarse sobre el codo y bajó la vista. Estaba tendida sobre una angosta plataforma que sobresalía del barranco a unos cinco metros de la cumbre. Si hubiera rodado otros veinte centímetros habría

caído desde sesenta metros de altura hasta el río verde oscuro y sus rocas dispersas. En el lado opuesto, con los montantes aplastados, el puente colgaba ridículamente de uno de sus enormes remaches.

Se había partido la cadena de la pulsera de la liebre dorada. Estaba caída en la nieve a su lado, entre motas de sangre. *Ya eres lo bastante mayor.* La liebre señalaba el límite de su caída. Unos cuantos centímetros más y estaría muerta. Imaginó que podría salvarla cierto número de veces. Ésta era una. Se preguntó cuántas. Cerró los dedos a su alrededor con mucho cuidado. Se le antojó una eternidad el tiempo que tardó en guardarla en el bolsillo de la chaqueta. Viaje seguro.

Se puso de rodillas centímetro a centímetro. El dolor del pie subió de volumen. Apretó los dientes con fuerza. Sintió la cabeza grande, sólida y caliente, y después fría y frágil. Su cuero cabelludo se encogió. No podía parar de temblar. Sentía la caída que tenía detrás como un peso que tirara de ella.

Ojalá dejaras de trepar a todo. Me preocupa que lleves genes de mono. Nell había pensado en *jeans** de mono (chimpancés con tejanos Levi's pequeñitos), hasta que Josh puso los ojos en blanco y se lo explicó. Ni siquiera entonces lo había pillado.

La pared del barranco era de roca negra congelada, con vetas blancas donde la nieve se había helado. No era del todo vertical. No era del todo vertical, pero lo bastante.

No me pasará nada, pero has de huir.

Alargó la mano hasta el asidero más cercano. Tenía los dedos entumecidos. El calor inundó su cara. Y cuando intentó ponerse en pie, el dolor del pie chilló.

* En el original, juego de palabras basado en la homofonía de *genes/jeans* [jɛn]. (N. del T.)